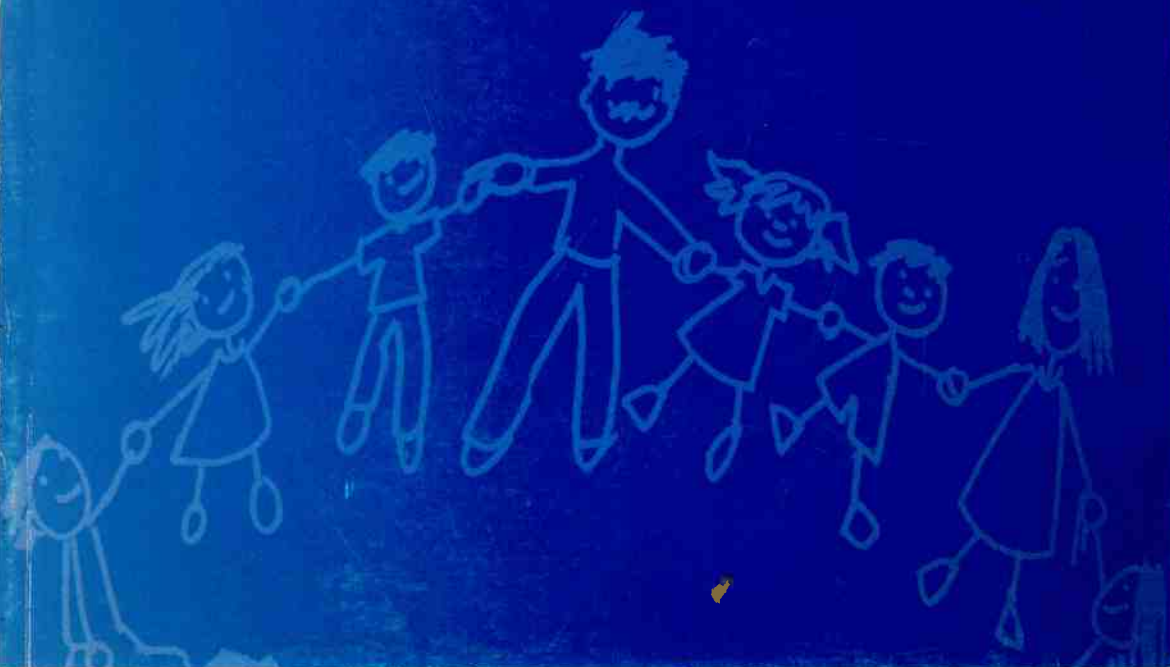




LA MISIÓN EDUCATIVA FUNDAMENTAL: EL ASEGURAMIENTO DE LA EDUCACIÓN BÁSICA DE TODOS LOS NIÑOS

Gabriel Castillo Inzulza



**LA MISIÓN EDUCATIVA FUNDAMENTAL:
EL ASEGURAMIENTO DE LA EDUCACIÓN
BÁSICA DE TODOS LOS NIÑOS**

**Gabriel Castillo Inzulza
Septiembre 2004**

PRESENTACIÓN

Para el Centro de Perfeccionamiento Experimentación e Investigaciones Pedagógicas, es motivo de orgullo presentar este nuevo texto de nuestro distinguido maestro Gabriel Castillo Inzulza, Premio Nacional de Educación, cuyo título “La Misión Educativa Fundamental: el Aseguramiento de la Educación Básica de todos los Niños”, expresa elocuentemente su sentido profundo.

A lo largo de sus páginas, el lector percibirá no sólo una apelación a la vocación de los educadores, sino una ferviente convocatoria a la sociedad para asumir, con decisión, el compromiso, tantas veces declarado pero insuficientemente materializado, de convertir la enseñanza básica en una oportunidad real de aprendizaje y formación humana para todas las niñas y niños que acuden a las aulas escolares. Con particular franqueza, el autor alerta sobre la inconsecuencia de sociedades que no ofrecen a sus integrantes menores las oportunidades de vida que les prometen.

La afirmación inicial da cuenta de la dimensión del desafío al señalar que “la sociedad necesita contar con una población educada, con toda la población educada”. Naturalmente esta necesidad es tan válida para nuestro país como para cualquier otro de nuestra región y del mundo y adquiere un nuevo sentido cuando los índices de cobertura de la educación primaria o básica son felizmente elevados surgiendo entonces el desafío de la calidad de la educación para todos. Nuestro país, en particular,

no puede desaprovechar la oportunidad de crecer equitativamente a partir de las capacidades de todos sus habitantes.

En estos tiempos en que el conocimiento ocupa un lugar central en el desarrollo de la sociedad, el profesor Castillo hace bien en recordar que dicho conocimiento debe estar al alcance de todos y orientarse a la construcción de la justicia y de la dignidad humana.

Necesaria es también la reflexión que nos propone sobre el sentido verdadero de la Educación Básica que refiere al aprendizaje de lo fundamental, de lo básico que todo niño y niña debe alcanzar para poder, más adelante, progresar en el saber. Mirado desde la sociedad, se trata de “la educación de base, la educación de cimiento de la larga empresa educativa en la que la sociedad se tiene que empeñar”. En consecuencia, es inaceptable que algunos alumnos, desgraciadamente no pocos, completen su educación básica sin haber aprendido lo fundamental y elemental.

Al encontrarse con este texto, los profesores y profesoras sentirán que apela a lo más genuino de su misión y de sus anhelos como educadores, es decir, el aprendizaje de todos. Ciertamente ello no es una tarea fácil, menos aún en sociedades desiguales como la nuestra donde la selección y la competencia insana prevalecen en exceso.

Ante las dificultades reales, el documento incursiona en una propuesta específica como es el “Programa de Curso” que vienen aplicando numerosas escuelas en el marco del

trabajo del Programa de Aseguramiento de los Aprendizajes Básicos que dirige el profesor Gabriel Castillo. Esta estrategia descansa en el diseño pedagógico realizado “para y con un grupo curso determinado a partir de la relación entre lo que el docente debe enseñar y lo que los distintos alumnos de su curso necesitan y pueden aprender”.

Junto con el desafío de la educación básica, el texto propone una segunda gran tarea para la sociedad: la educación de los niños antes de la escuela. Hoy existe un consenso amplio de la necesidad de ampliar el acceso y mejorar la calidad de la educación parvularia y de iniciarla lo antes posible en la vida del niño. Al enfatizar el trabajo “antes de la escuela” alude al compromiso de la familia y de las instituciones sociales y comunitarias y de la propia escuela por promover una acción educativa hacia los niños desde su nacimiento para que puedan desarrollar las aptitudes que les permitan más tarde acceder al conocimiento. Esta necesidad se torna imperiosa respecto de los niños provenientes de sectores de menores recursos pues, al privárseles de la educación en la etapa anterior a la educación básica, se ponen en serio riesgo sus posibilidades de éxito en la escuela.

Invitamos, a profesionales de la educación y personas interesadas en las tareas educativas, a conocer y analizar las reflexiones del profesor Castillo, asumiendo críticamente sus propuestas y los desafíos que plantea para la Educación y la Sociedad.

Carlos Eugenio Beca Infante
Director CPEIP

INDICE

	Página
La ganancia social de una educación básica de todos los niños.....	9
La Inconsecuencia.....	18
Las Dos Tareas.....	23
I. La escuela para el aseguramiento de la educación básica de todos los niños.	24
II. La educación de los niños antes de la escuela	38

La ganancia social de una educación básica de todos los niños

La sociedad necesita contar con una población educada. Con toda su población educada. Es decir, la sociedad necesita suscitar y elevar, en todos sus integrantes, en todos sus integrantes sin excepción, la conciencia y la voluntad de construir una sociedad de justicia y la conciencia y la voluntad de apoderarse, con ese propósito, del ámbito del conocimiento. Los seres humanos no han sido llamados a la sociedad del conocimiento, han sido llamados a la sociedad de justicia; pero, para hacer la justicia, necesitan el conocimiento.

Así que la suscitación de la conciencia de la vocación humana a construir una comunidad en la que haya justicia y dignidad para todos y luego la suscitación de la voluntad de poner en práctica lo que indica esa toma de conciencia son esenciales. Sin ese despertamiento de conciencia y de consecuencia no hay ni sociedad humana ni educación humana. Sólo quien está aprendiendo a ser testigo de esa necesidad de justicia que está viva en su intimidad puede decir que está siguiendo su llamamiento, que está siguiendo su ser, que está educándose.

Y si se educa para la construcción de una comunidad de justicia, luego se advierte que, para cuidar y cultivar la vida y la dignidad de todos, la posesión del conocimiento es indispensable.

Es verdad que el conocimiento por el conocimiento carece de sentido porque el conocimiento puede usarse tanto para cuidar la vida como para destruirla, puede emplearse para poner los bienes sociales en las manos de todos como para que esos bienes se queden sólo en las manos de quienes también se han quedado con el conocimiento. Pero el conocimiento asume su inestimable valor cuando se lo busca y se lo emplea para apurar y para elevar la construcción de la justicia. Los latinos definían al orador como el “vir bonus dicendi peritus”, como “el hombre bueno experto en el decir”. El orador no era sólo un hombre bueno ni sólo un buen manejador del lenguaje, era el hombre bueno que sabía cómo elevar la vida al decir las cosas, era un ser humano que sabía comunicar a los demás la búsqueda de la justicia que a él lo movía.

La sociedad necesita abrir caminos variados de educación en una alta cantidad y en una alta calidad de modo que todos esos integrantes suyos que buscan seguir ascendiendo en su proceso educativo cuenten con la oportunidad de crecer más ellos y de elevar también, con ese crecimiento, el progreso de la sociedad. Habrá casos en los que la sociedad ya no tendrá respuestas tan altas como las que sus integrantes solicitan y los enviará hacia otras sociedades en las que esos integrantes suyos podrán alcanzar los niveles de educación que pretenden. Cuando esos integrantes vuelvan, la sociedad ganará con ellos pues su más alta formación los conducirá a elevar los niveles educativos

de su sociedad y, con ellos, los demás podrán seguir avanzando en la justicia y en el saber que anhelan. Es deseable una sociedad en la que los que buscan más formación sean apoyados; pues, por esa búsqueda constante, pueden generar más humanidad, más justicia y más conocimiento en los demás y, juntamente, en el crecimiento de la sociedad total.

En este avanzar hacia los más altos niveles de educación, no hay un límite, no hay un máximo, no hay un punto después del cual ya no hay más avance que hacer. Cuesta imaginar una sociedad que pueda declarar que, en ella, la justicia ya fue establecida y que el conocimiento tocó su término.

Pero, si en el avance en educación, no hay un máximo, hay, sin embargo, un mínimo, hay un avance mínimo que se exige a sí misma la propia sociedad. Habitualmente, ese nivel mínimo de educación es llamado la Educación Básica, es decir, la educación de base, la educación de cimiento de la larga empresa educativa en la que la sociedad se tiene que empeñar.

Habitualmente también la Educación Básica es conocida como la educación de los niños pues son los niños los que necesitan alcanzar este nivel de educación que empieza en la familia, se añade después la comunidad inmediata y se agrega finalmente a ellas la Escuela Básica, la institución escolar que la sociedad ha creado especialmente con este propósito.

La Educación Básica es una educación que busca ser, al mismo tiempo, fundamental y elemental. Fundamental porque necesita estar referida a componentes indispensables en el crecer y en el saber mínimos de un ser humano. Elemental porque necesita ser propuesta en un nivel primario, simple, claro, accesible a las capacidades de las diferentes personas.

Es un nivel educativo que, cuando una persona lo alcanza, se dice de ella que se está haciendo poseedora de una educación humana mínima, de una educación humana básica. Y cuando una persona no ha alcanzado este nivel, se dice de ella que carece de la educación elemental, que su vivir humano transcurre todavía por debajo de su dignidad.

De modo que la primera tarea educadora de una sociedad es la de asegurar que todos sus integrantes, se hagan dueños, a lo menos, de la educación que ella misma ha definido como el mínimo de desarrollo humano que todos sus integrantes necesitan poseer.

Para la sociedad, la posesión de la Educación Básica por parte de un niño no es más que el desarrollo mínimo que ese niño hace de su condición de persona y de ciudadano. Para la sociedad, el niño que no aprende algo tan indispensable para la vida humana como el saber leer un texto elemental, que no desarrolla elementalmente valores de tanto fundamento como el

valor de la solidaridad, que no posee elementalmente hábitos tan relevantes como el hábito de la obra bien hecha, que no tiene un conocimiento elemental de algo de tanta importancia como el saber lo que él es y lo que es el mundo que lo rodea, es un niño sin la educación mínima que necesita. Es un niño que no ha podido mínimamente acceder a su condición de persona. En ese niño hay un fracaso de la sociedad. Los propios ciudadanos que han alcanzado altos niveles educativos sienten la vergüenza de haber ellos alcanzado un alto grado de humanización mientras, en la misma sociedad, hay integrantes que no logran todavía una humanización mínima, un mínimo de crecimiento en educación.

Para la sociedad, la Educación Básica es un bien tan valioso y tan indispensable como la vivienda básica, como la alimentación básica, como el vestido básico, como la salud básica, bienes por los que no sólo tienen que luchar las personas individuales, sino bienes por cuya posesión en las manos de todos tiene que luchar la propia sociedad. En cada niño sin su vivienda básica o sin su comida básica o sin su vestido básico o sin su salud básica o sin su educación básica, se levanta una denuncia sobre las zonas de injusticia que deterioran la sociedad entera.

Así que esta necesidad que es vital para los diferentes niños es, al mismo tiempo, una necesidad que es vital para la sociedad. De una parte, porque una sociedad que cuente con todos sus niños, al menos, básicamente educados, es una sociedad

que levantará su desarrollo a partir de una plataforma común de crecimiento humano de todos sus integrantes. Por otra parte, si todos los niños de una sociedad están básicamente educados, la sociedad empezará a dejar de ser solamente una agrupación de personas que habitan en el mismo lugar y empezará, por fin, a ser una comunidad de seres humanos. Porque una agrupación social recién empieza a ser una comunidad de seres humanos sólo cuando los bienes mínimos los pone en las manos de todos.

Hay otra ganancia más en la sociedad en la que todos los niños se hacen poseedores de la Educación Básica. El niño que es testigo del especial cuidado que se hace tanto de su educación como de la educación de todos los demás niños está así aprendiendo que el cuidado y la valoración de los niños, de todos los niños, constituye una señal de que una sociedad más justa está efectivamente empezando a nacer. Así que, educar, al menos, básicamente, a todos los niños de ahora es no sólo una justicia que se hace ahora. Es también un soporte firme para la sociedad más justa de mañana.

Hay todavía una cuarta ganancia en la sociedad que hace posible la Educación Básica de todos los niños. La sociedad ha creado una institución –la Escuela Básica- para que participe directamente en este nivel de educación de los niños. Y sucede que existen niños que llegan hasta la Escuela Básica sin haber

recibido, ni en la familia ni en la comunidad inmediata, los primeros apoyos que necesitaban para crecer como seres humanos. Sea por la pobreza, por la ignorancia, por el abandono, esos niños, al llegar a la escuela, se encuentran lejos de los hábitos, de los valores, de los conocimientos, de la fe en la vida, que ellos necesitan poseer y que la sociedad necesita que ellos posean. Por estos hechos, sufren serias dificultades de adaptación a la vida social y a la vida de la escuela que la sociedad ha creado.

Si la sociedad no tiene una respuesta válida para estos niños a quienes no se les dio la oportunidad de vivir su derecho a educarse antes de llegar a la escuela, si la sociedad no asume su responsabilidad ante estos niños que, sin culpa alguna, se quedaron sin la educación familiar que necesitaban, pierden nuevamente los niños que ven que otra puerta más les cierra el camino de su vocación humana y pierde la propia sociedad que se queda sin integrantes que necesita para su desarrollo. Y es posible que esos integrantes acaben por rechazar ellos también los planes de crecimiento y las normas de convivencia de la sociedad que, a ellos, los ha rechazado.

Por eso, cuando la sociedad se da cuenta de que estos niños son también niños suyos y los recibe en la Escuela Básica como los hijos suyos que son y allí suscita la educación de todos ellos, se producen dos hechos de gran relevancia: esos niños

descubren que su vida no es sólo inhospitalidad y que hay, también, para ellos, un espacio en la vida en común; y la sociedad que recibe a estos niños da un franco paso hacia adelante en su necesidad de ser una sociedad en la que es cuidadosamente respetada la dignidad de todos.

Y la sociedad puede dar un paso más hacia adelante todavía. Puede tomar la decisión de no esperar que los niños que no tuvieron una educación familiar previa, tengan que llegar hasta la edad escolar para empezar a tratarlos a la luz de la dignidad que poseen. Puede, consecuentemente, empeñarse en apoyar la educación de los niños desde el comienzo de su vida. Puede cuidar que todos los niños, desde su nacimiento, cuenten, a lo menos, con una vivienda mínima, con una atención mínima de salud, con una alimentación mínima, es decir, con medios mínimos de dignidad que les den cuenta de su condición humana y que los inviten a avanzar en esa condición; y juntamente puede unir, desde el comienzo, la acción educadora del hogar y la de la escuela y la de los grupos llamados de preescolaridad; a éstos puede añadir la acción educadora de los consultorios y centros de salud; puede también unir la acción educadora de las organizaciones culturales y hacer posible que los hogares y las comunidades tengan acceso directo a los grupos e instituciones que, a través de la música, la danza, el teatro, la pintura, la escultura y otras formas del arte y de la poesía, buscan suscitar, en las personas y

en las comunidades, el seguimiento de lo que son; puede, además, suscitar una especial acción educadora en los medios masivos de comunicación, muy especialmente en un medio como la televisión, medio que, en los hechos, ya se ha introducido en todos los hogares y que puede sacar provecho de esa alta aceptación para ponerse al servicio de la acción educadora de la sociedad. Puede, en síntesis, a través de variados recursos, empeñarse, la sociedad, en asegurar, desde temprano, en todos los niños, la educación que todos necesitan. Y no sólo para que les vaya bien en la escuela, sino primariamente para que, haya escuela o no haya escuela, esos niños, desde la primera hora, aprendan a vivir como seres humanos.

La Inconsecuencia

La sociedad y la Escuela Básica hasta aquí mencionadas no existen entre nosotros todavía. Hay una inconsecuencia que aún no se ha logrado solucionar.

La sociedad no ignora que la educación primera, la primera educación básica de los niños, no comienza en la escuela, sino desde el momento en que los niños llegan a la vida. Sabe que, primero en el vientre de la madre, luego en el seno del hogar, más adelante también en la comunidad inmediata, los niños van teniendo las primeras noticias acerca de lo que ellos son y de lo que son los otros y las cosas.

La sociedad tampoco ignora que la educación de los niños no depende sólo de las potencialidades que los niños tienen sino también del mundo con el que han entrado en interacción. Sabe que el mundo –entre otros, la familia, la comunidad, la escuela- cuando actúa positivamente sobre la interioridad de un niño, no sólo puede abrir el paso a las capacidades de ese niño sino que también puede despertar en él capacidades que aún no aparecían. Asimismo sabe que, cuando el mundo con que un niño interacciona pesa negativamente sobre él, no sólo puede cerrarle las puertas de sus capacidades sino que, además, puede convencer al niño de incapacidades que, en verdad, no tiene.

La sociedad sabe también que los niños de ahora, todos los niños de ahora, son los que podrían llevar a la práctica esa sociedad de justicia que la actual sociedad quiso hacer y no pudo hacer; pero también sabe que los niños sólo podrán aprender a construir esa sociedad esperada, si la sociedad de ahora les ha enseñado a hacer esa construcción, si los niños han sido testigos de que se les ayudó, a todos, elementalmente al menos, a desarrollar sus talentos, a adentrarse en el conocimiento, a construir la justicia.

Por eso, la sociedad siente complacencia con los padres de familia que han recibido con alegría a los hijos y, en todo instante, han estado junto a ellos apoyando su crecimiento. Y, por eso, se molesta con esas otras familias que traen niños a la vida y luego dejan que solos intenten buscar la altísima dignidad de que son poseedores. La sociedad cree que llamar a un niño a incorporarse a una familia y luego no hacerse cargo de su cuidado y de su educación es una irresponsabilidad, es un grave mal.

Lo dicho explica que, cuando al cumplir los seis años, los niños llegan hasta la Escuela Básica, la sociedad no se sorprende de los distintos mundos de interacción de que dan cuenta los recién llegados a la Escuela.

No se sorprende de la influencia de esos distintos mundos de interacción en los niños; pero siente una profunda desazón cuando observa las capacidades detenidas de algunos niños en razón de un mundo que no los recibió, que no los reconoció como seres humanos, que no les enseñó a conocer lo que eran las palabras, lo que eran los talentos, lo que era el conocimiento, lo que era el sentido, que no les dejó saber que cada uno de ellos era poseedor de la más alta dignidad existente en la naturaleza y que habían venido a la vida a participar expresamente en la construcción de una sociedad en la que tenía que hacerse vigente la dignidad de todos.

Otra cosa que la sociedad sabe es que la educación de base de los niños, es decir, la educación antes de la escuela básica y en la escuela básica, es un derecho humano fundamental. Y la sociedad sabe – sobre todo la que ha sufrido esta espantosa experiencia- lo que ocurre cuando se dejan de lado los derechos humanos fundamentales, sobre todo los derechos fundamentales de los niños. Ha aprendido dolorosamente que, cuando los derechos humanos fundamentales son sólo palabras, es una larga noche la que cae sobre la sociedad entera, es una larga noche por adentro y por afuera de las personas. Hay que rehacer un largo camino para empezar a levantar de nuevo la vigencia de la dignidad.

Y, sin embargo, a pesar de saber todo lo hasta aquí

dicho, la sociedad sigue manteniendo a la Escuela Básica –la institución que está expresamente destinada a la educación básica de todos los niños- como una institución que elige a los niños a los que va a educar en vez de hacerse cargo de la educación de todos. Sigue empleando a la Escuela Básica como una empresa de selección de niños en vez de una empresa de educación de niños. Y lo que es peor, entre los niños que, en esa selección, quedan afuera están en mayoría precisamente aquellos niños que no contaron con una familia que se ocupara previamente de su educación.

Sucede entonces que la desatención de la educación de los niños es, para la sociedad, un grave mal cuando la hace la familia; pero no es un grave mal cuando quien la hace es la propia sociedad. Y sin embargo, al dejar afuera de la educación escolar a los niños cuyas familias no les dieron la educación previa que necesitaban, es la sociedad la que deja sin educación justamente a quienes no tenían más esperanza de educarse que la educación que les podía dar la escuela.

Duele decirlo; pero es algo que es imposible callar: los niños que no son ni siquiera básicamente educados ni por la familia ni por la sociedad son niños que fueron llamados a vivir en una familia y en una sociedad y que, pese al llamamiento, no fueron recibidos, no fueron aceptados por quienes los llamaron.

Al hablar de estos niños se hace imposible no asociar su suerte a la frase terrible del evangelio de Juan pues es verdad que cada uno de estos niños vino a los suyos y los suyos no lo recibieron.

Las Dos Tareas

Para que la sociedad pueda obtener la educación básica de todos sus niños necesita asumir dos grandes tareas. Una de ellas es la de cambiar la misión de la actual escuela básica. En vez de su actual misión de elegir a los niños a los que va a educar hay que situar, en su reemplazo, la misión de asegurar la posesión de la educación básica en todos los niños. No se trata sólo de que todos los niños cuenten con matrícula o que todos cuenten con los medios para asistir a clases. Se trata de que todos se eduquen, se trata de que cada niño cuente con las oportunidades que él necesita para educarse, para aprender.

La otra tarea de la sociedad es la de levantar, en cada comunidad, variados y valiosos ámbitos de educación con los que los padres y los niños y todos los integrantes de la comunidad puedan interaccionar desde antes, desde mucho antes, que los niños lleguen a la escuela. Lo deseable sería que todos los integrantes de una comunidad, antes, mucho antes de tener un hijo, supiesen y aceptasen lo que significa traer un hijo a la vida.

Tarea I. La escuela para el aseguramiento de la educación básica de todos los niños.

La sociedad sabe que la educación es el soporte de su crecimiento y que la educación básica, la educación elemental, mínima, la que ha de estar en posesión de todos, es el basamento sobre el que la sociedad levanta la lucha por su humanización, por la elevación del conocimiento, por su participación efectiva en el encuentro con las demás naciones. Lo que a la sociedad le falta entender es que, en cada niño al que se deja sin su educación básica, hay un ser al que, de una parte, se le convoca a participar en la construcción de una nueva y más justa sociedad y al que luego no se le deja tomar las herramientas más elementales.

Para satisfacer esta exigente necesidad de una educación básica de todos los integrantes de la sociedad hace falta una escuela que le asegure, a la sociedad, que toda su población será, al menos, básicamente educada y que asegure, a los distintos niños, que, cualquiera haya sido la educación que hayan tenido antes de llegar a la escuela, en la escuela encontrarán la educación básica por la que pugna su dignidad y su necesidad de participación en la sociedad que hay que construir.

Unos niños, los que tuvieron la fortuna de ser, en su familia, recibidos, aceptados, los que, desde el comienzo de su vida conocieron su valor y su sentido, encontrarán, en la escuela básica en la que aprenderán todos, la continuidad del crecimiento humano que ya conocieron en el hogar; los otros, los que desde que nacieron no fueron aceptados, los que caminaron sus primeros años, perdidos, los que no supieron ni de su vocación ni de sus talentos, los que fueron cercados por la adversidad, tal vez encontrarán, al comienzo, en la escuela básica para la educación de todos, una casa extraña, no habitual para ellos, pero luego verán que es la casa que siempre desearon. Aquí han de encontrarse, por fin, con la educación que antes no pudieron tener.

La Escuela Básica necesita ser, pues, un mundo educativo seguro, un ámbito de interacción particularmente diseñado para conseguir que todos los niños, los que antes dispusieron de apoyo educativo como los que no contaron con esa oportunidad, unos y otros, tengan, en la Escuela Básica, el mundo positivo de interacción que necesitan. Esta condición de constituirse en un mundo seguro para la educación de todos los niños ha de ser el signo distintivo de la Escuela Básica.

Así que la Escuela ha de ayudar a todos los niños, a todos los niños sin excepción, a acercarse a los saberes y a los

valores –en las palabras viejas, a la ciencia y a la conciencia- a partir desde el punto en que, al presente, cada cual se encuentra, para, desde ahí, dirigirse hasta los niveles más altos que cada cual pueda alcanzar. En este empeño, cada niño empleará sus propias fuerzas y, juntamente, podrá pedir y prestar ayuda a los compañeros, a los padres, a los maestros, a las personas de la comunidad que deseen ayudar.

Cuando esto ocurra, la sociedad ya podrá contar con un basamento universal de educación, con una plataforma elemental pero común de crecimiento humano que hará posible la participación de toda la población en su desarrollo. Vivirá la buena noticia de que, en el ámbito de la educación básica de los niños, la sociedad ya está actuando como esa sociedad para la dignidad de todos que espera llegar a ser.

La Escuela Básica que realice esta anticipación de la sociedad esperada necesitará expresar cuatro signos centrales:

1. Los niños vienen, a la escuela, a educarse.

La Escuela Básica es un centro educativo, es decir, es un ámbito de interacción al que los niños vienen a aprender a ser lo que están llamados a ser.

Cada niño necesita aprender que él es un ser humano que, como tal, posee la dignidad más alta de todo lo que existe y que tiene que aprender a vivir según esa condición. Cada niño necesita aprender, además, que dispone de una unicidad enteramente suya que tiene que aprender a descubrir, a desarrollar y a aportar. Cada niño necesita aprender que fue llamado a la existencia para tomar parte en la construcción de una sociedad de mayor justicia, de una sociedad en la que todos los seres humanos puedan vivir a la luz de la común dignidad que poseen. Este aprendizaje no lo puede realizar el niño a través de los manuales y los discursos, ni sólo en actividades específicas destinadas a su educación, sino a través de la vida habitual de la escuela, particularmente en el aprendizaje de los saberes. La escuela no separa crecimiento humano y aprendizaje de saberes, construcción de la justicia y búsqueda del conocimiento sino que los une en una atadura indisoluble. Si los separara, estaría abandonando su misión de educar porque el ser humano no puede cumplir su misión de construir la justicia si no sabe lo que es la justicia o, si, sabiendo lo que es, no se interesa verdaderamente en su construcción. La educación no necesita ni expositores ni predicadores. Necesita testigos.

2. Los niños vienen a aprender los saberes.

La vía central que usa la escuela para la educación de los niños es el aprendizaje de los saberes, de algunos saberes elegidos por la sociedad. La vía central no es la presentación de los saberes sino su aprendizaje, esto es, la aprehensión que los niños hacen de esos saberes. Más que la aprehensión, es el encuentro positivo con los saberes, es el amistarlos, es el sentir agrado de seguir con ellos, es el empeño por ir más hacia adentro todavía. El trabajo de la escuela consistirá en descubrir el punto en que la presentación de un saber no quede ni por encima, ni por debajo, ni por fuera de las posibilidades actuales de aprender de cada cual, sino que se acerque de tal manera a ellas que el encuentro grato y cierto se haga inevitable y el seguir en él y con él pase a ser una alegría, una necesidad.

3. Los saberes que los alumnos aprenden son saberes fundamentales.

Un gran riesgo de quien aprende un saber es aprender muchas cosas sobre ese saber y no aprender lo fundamental, es olvidar el “multum non multa”, “mucho, no muchas cosas”, de los latinos. Hay que

dedicar mucho tiempo, todo el tiempo que se pueda, al encuentro con lo fundamental y no gastar ese tiempo o parte de ese tiempo en el aprendizaje de lo secundario.

Los niños que saben realizar cálculos aritméticos pero que no saben en qué ocasiones y por qué necesitan realizar esos cálculos; o los niños que saben clasificar, desde nomenclaturas diversas, un texto escrito, pero que no logran entender lo que el texto quiere decir, dan cuenta del hecho lamentable de saber lo secundario y no saber lo fundamental. Las escuelas de enseñanza media y las escuelas de nivel superior se ven obligadas, a menudo, a reponer elementos fundamentales del dominio de los números y del dominio de las palabras porque los alumnos, en la escuela básica, no se dedicaron, a tiempo completo, al dominio de lo fundamental. En cambio, pocas ventajas son tan grandes como las de los niños que aprenden a descubrir y a seguir lo fundamental pues ese aprendizaje no sólo les va a ser útil para aprender saberes sino también para aprender a vivir humanamente.

La Escuela Básica necesita centrar el aprendizaje de los saberes sola y únicamente en saberes fundamentales, en objetivos fundamentales, en

contenidos fundamentales, en habilidades fundamentales. Nada que no sea fundamental cabe en la escuela básica. La Escuela Básica es básica. Lo que viene después de lo básico se aprenderá más adelante.

4. Los niños que aprenden son todos los niños y no sólo algunos.

En el encuentro grato y seguro, pero, al mismo tiempo, desafiante que la escuela suscitará entre los niños y los aprendizajes, habrá niños que tal vez aprenderán algo antes que otros, algunos llegarán a metas más altas y otros a metas menos altas, algunos se interesarán por igual en todos los aprendizajes que se les presenten, otros, en cambio, mantendrán un contacto más intenso y superior con algunos de ellos. No alcanzarán todos los mismos niveles de aprendizaje en los mismos plazos; pero, cada cual, primero con su trabajo y luego con la ayuda de los demás, se empeñará en alcanzar los niveles de aprendizaje con los que comprometió ante él mismo, ante sus padres, ante el curso, ante el maestro.

Un medio para poner en práctica los signos de la Escuela de Anticipación antes señalados, es el **Programa de Curso**, esto es el programa para el éxito en el aprendizaje que el profesor diseña para y con un grupo curso determinado a partir de la relación entre lo que el docente tiene que enseñar y lo que los distintos alumnos de su curso necesitan y pueden aprender.

El profesor que conoce un saber y quiere suscitar el aprendizaje de ese saber en los niños de su curso, lo primero que necesita averiguar es el punto en que cada niño se encuentra en el aprendizaje de ese saber.

Si el profesor ya conoce al curso, la tarea de conocer el punto en que cada alumno se encuentra no le va a ser tan difícil como en el caso del docente que se enfrenta al trabajo con un curso por primera vez.

Este trabajo de conocer bien la situación de cada niño ante el aprendizaje de un saber es determinante pues lo que cada niño verdaderamente conozca de un determinado saber es la base única desde donde se puede iniciar el nuevo aprendizaje.

De modo que la enseñanza, es decir, la suscitación del aprendizaje, no empieza desde donde parten los programas de estudios, sino desde donde los distintos niños pueden partir. Así que el factor determinante para decidir el comienzo de la enseñanza, en un grado y en un grupo curso específico, es el conocimiento del punto desde donde cada niño puede iniciar con éxito el aprendizaje de lo que se le va a enseñar.

Por cierto que, para realizar esta tarea, no sirve para nada ni un pasador de materia ni un disertador ni un enseñador especializado sólo en el programa de estudios de un determinado grado. Para la tarea que aquí se indica, es absolutamente necesaria la acción de un profesor, es decir, de un profesional particularmente capacitado en el dominio de un saber e igualmente capacitado para ayudar a aprender ese saber a los niños reales que tiene en el grado y en el curso en que le ha tocado cumplir su misión.

Cuando el profesor conoce bien un saber y conoce igualmente bien a sus alumnos y está ya en posesión del diagnóstico que ha hecho de las posibilidades de aprender que presentan los diferentes

alumnos de su curso en relación con lo que él pretende enseñar, entonces, y sólo entonces, está en situación de elaborar un primer programa de trabajo, un planeamiento inicial de lo que hará con sus alumnos. Aquí estarán las acciones que propondrá a los alumnos más adelantados en ese aprendizaje, las que propondrá a los que, en ese aprendizaje, vienen enseguida, y las que propondrá a los que, en ese aprendizaje, vienen más atrás. Aquí estarán asimismo las acciones que propondrá a los padres y apoderados, a otros profesores de la escuela a quienes ha pedido ayuda, a otras personas de la comunidad con cuya aceptación de ayuda él pueda contar. En este primer diseño de programa estarán también calendarizadas las instancias centrales de evaluación del progreso de los alumnos con su propósito específico, su número y los niveles e indicadores de éxito que se esperan.

Este programa primero, o preprograma, el profesor lo conversa enseguida con los diferentes participantes involucrados en ese trabajo. El acuerdo que aquí se produzca pasa a ser el programa de curso, el plan de aprendizaje de ese curso en ese año. El programa de curso es el plan para el éxito en el aprendizaje, es el plan en cuyo logro se comprometen

todos los que han participado en su elaboración.

Los niños y los adultos participantes en el programa de un curso necesitan saber que, en el programa de curso, podrá haber aprendizajes y actividades comunes a todo el grupo curso y aprendizajes y actividades especiales que necesitan realizar algunos grupos de alumnos o algunos alumnos individuales. En relación con la lectura de un mismo libro, por ejemplo, un alumno puede necesitar un tiempo adicional para entender mejor la lectura, otro puede requerir un espacio mayor para, sobre esa lectura, elaborar una dramatización, un tercero puede querer un tiempo especial para leer el análisis de un crítico sobre el libro leído.

Un rol particular juegan, en el programa de curso, los niños ayudantes. Son niños que presentan una especial afición por un determinado saber y que, además, tienen interés en ayudar de alguna manera en la tarea del profesor. El profesor los apoya y pone en sus manos los medios de aprender que ellos necesitan; pero, al mismo tiempo, en la medida en que ellos lo acepten, les pide que presten ayuda, en eso en que están adelantados, a los compañeros que necesitan ese apoyo especial.

Todos los alumnos y, particularmente, los alumnos ayudantes necesitan saber y aceptar, al igual que los padres y el maestro, que, si en un curso, hay un niño que no está teniendo éxito en su aprendizaje, que no está comprendiendo aquel saber fundamental y aquellos hábitos y valores que todos necesitan, en ese curso no se está cumpliendo la misión de suscitar la educación en todos los niños y, por tanto, esta situación tiene que ser corregida.

Han de estar contempladas también, en el programa de curso, las ayudas que se prestarán a los alumnos que falten a algunas clases por enfermedad, por tener que quedarse en casa cuidando a los hermanos más pequeños, por tener que tomar algún trabajo o por otras razones. En las evaluaciones diarias del progreso del programa de curso, el profesor, con los niños y con los padres, irá tomando las medidas que permitan atender, con oportunidad, las dificultades que arriesguen el éxito en el plan de aprendizaje de un niño determinado.

Al terminar el primer semestre del año y al terminar el segundo semestre, el profesor entregará un informe escrito del aprendizaje de cada niño en el que indicará lo que el niño logró aprender y lo que no logró

aprender dentro de lo programado. Indicará, igualmente, en qué aspecto o ámbito del saber fundamental que se ha trabajado, cada niño muestra un más alto desarrollo y en qué aspecto o ámbito necesita elevar la calidad de su trabajo todavía. Indicará en qué aspecto especial necesita realizar un mejor trabajo y la ayuda que se le prestará para que así acontezca.

El informe señalado es vital para cada niño pues así sabrá con más certeza el juicio que el profesor ha hecho de su trabajo y el aspecto en el que necesita empeñarse más para elevar su dominio de ese aprendizaje. El informe es vital asimismo, para los padres y apoderados que así conocerán, en un documento, el resultado del trabajo del alumno y podrán tomar algún acuerdo para ayudar al mejoramiento del aprendizaje del pupilo; es vital igualmente para el profesor que tome el curso en el semestre o en el grado siguiente, en el caso en el que el profesor actual no pueda continuar con él.

En el informe no hacen ninguna falta las notas o calificaciones que resumen, en una cifra o en alguna palabra, el juicio que el maestro hace del trabajo del alumno. Si el profesor no puede vencer ese hábito o,

por alguna norma, es obligado a emplear esas calificaciones no tendrá más remedio que usarlas. Lo que más importa es que quien reciba ese informe, el niño, los padres, otras personas interesadas, puedan saber, con claridad, cuál fue el punto de partida del niño, cuál fue su plan de aprendizaje, cuáles fueron las metas que alcanzó, cuáles fueron las ayudas que prestó a otros o cuáles ayudas él recibió, cuáles son los aprendizajes en que ha sido más exitoso y cuáles son aquellos aprendizajes en los que necesita trabajar más todavía.

Tarea II. La educación de los niños antes de la escuela.

Si la sociedad acepta quitar, de la actual escuela básica, su intencionalidad selectiva y sitúa en su reemplazo una intencionalidad universalista, si pone término a la escuela básica que elige a los alumnos a los que va a educar y levanta en su reemplazo una escuela básica que se ocupará del aprendizaje de todos, grande será la ganancia de los niños que contarán por fin con uno de los bienes mínimos a que tienen derecho y grande será la ganancia de la sociedad que entregará a todos sus herederos un basamento común de formación humana sobre el cual la sociedad empezará a ser una sociedad de más alta justicia.

Y hay una segunda gran ganancia: al mostrar, la escuela, con hechos, su decisión de suscitar y de apoyar la educación de todos los niños, de todos los niños sin ninguna exclusión, su testimonio va a levantar la exigencia de que todas las personas e instituciones de la comunidad vinculadas a la educación de los niños, especialmente los padres, se hagan cargo igualmente del cumplimiento de su propia misión.

Cuando, entre los años 1971 y 1973, el Departamento de Orientación del CPEIP, la Escuela Fiscal de San Enrique y los Centros de Madres del lugar pusieron en marcha, en los cuatro

cursos del primer grado de la escuela, una escuela básica para la educación de todos los niños, antes, mucho antes de que se produjera el éxito de la propuesta, ante el solo testimonio de compromiso de las maestras de los cursos del primer grado, las madres y otros integrantes de San Enrique empezaron a pedir nuevas ayudas, entre las cuales ocupó un primer lugar la enseñanza del cuidado y la educación de todos los niños, tanto de los que estaban ya en la escuela como de los que estaban por acceder a ella y de los que estaban todavía en los comienzos de su vida infantil. La experiencia que tuvo lugar en San Enrique destacó la necesidad de apoyar con más medios de educación a las personas y a las instituciones responsables de educar, desde el nacimiento, a los niños.

Uno de los medios de que se dispone y al que habría que dar más fuerza y extensión es el de los centros llamados de educación preescolar que, aunque tienen una cobertura todavía limitada, se empeñan en ocuparse del cuidado y la educación de los niños que no están aún en edad de entrar a la escuela. Entre estos centros, se encuentran los grupos llamados parvularios, los que están junto a las escuelas y que interaccionan directamente con ellas. Si estos parvularios, que más que preescolares son los primeros grados escolares, se mantienen fieles a su adhesión a la totalidad de los niños y no caen en el vicio de la selectividad

de la actual escuela, podrán enseñarle a ésta a cumplir con su misión de trabajar con todos los niños. Si, además, inician ya, aprendizajes escolares habituales como el aprendizaje del lenguaje y de las matemáticas, en especial el aprendizaje de la lectura, si solicitan un diagnóstico médico de cada niño antes de su educación, particularmente de su educación física, podrán trasladar esa educación y esos hábitos educativos a la escuela y ayudarán a ésta a realizar un trabajo todavía más cuidadoso y pertinente con los diferentes niños.

Y como, al igual que en la escuela básica, en el parvulario se elaborará un programa de curso, esto es, un plan de aprendizaje que se concordará con los padres y apoderados y que contará con la participación de éstos en el transcurso del periodo escolar, sucederá que la educación del parvulario y de la escuela, al pasar a ser una coeducación con los padres, irá no sólo educando a los niños sino que juntamente irá elevando la educación de los padres; de modo que éstos no sólo educarán mejor a los niños que ahora tienen en la escuela sino que, al mismo tiempo, irán elevando su preparación para dar una mejor educación a los hijos que no vienen todavía a la sociedad.

Así que, cuanto más temprano se inicie el trabajo en los llamados centros de educación preescolar, a cuanta menor edad de los niños se ayude en su desarrollo, más cuidado de los

niños habrá en la sociedad, más tempranamente se les tratará como seres humanos y se apoyará de mejor manera su educación y su encuentro con los saberes.

Otra poderosa fuerza educativa reside en los centros de salud existentes en las comunidades y poblaciones. Allí, **personas** que no tienen el nombre explícito de educadores tienen en sus manos una de las instancias más relevantes en la educación de los niños. A esos centros llegan los recién nacidos, con sus padres, desde los primeros días de vida y vuelven persistentemente a ellos porque ahí se controla su desarrollo, se les previene de las enfermedades, se les ponen las vacunas necesarias, se les dan alimentos y remedios, se orienta directamente a los padres para que continúen los cuidados y la educación en sus casas y se les insiste en que traigan a los niños cuando tengan alguna enfermedad.

Los trabajadores de los centros de salud tienen la enorme misión de ser educadores en los años de mayor trascendencia en la vida de los pequeños. De su sabiduría, de su **conocimiento**, de su capacidad de relación, del compromiso con la enorme tarea que se ha puesto en sus manos, depende en gran parte la educación primera de quienes llegan a la sociedad. La misión educadora de los trabajadores de los centros de salud no se relaciona únicamente con los hijos sino con el grupo educativo

padres e hijo, familia y niño. Una sociedad que decida elevar las condiciones de vida de los años primeros de educación de los pequeños, tiene, en los centros de salud, uno de los más poderosos medios de educación.

Si esta educación de los hijos y de los padres de los hijos que llevan a cabo los centros de salud, se pudiese extender también a los alumnos que ya están en los grupos preescolares y en la escuela básica, subiría fuertemente, la calidad de la educación de los niños. Además, una enseñanza realizada sobre la base de una interacción constante con el centro de salud de cada localidad permitiría, a la escuela básica, apoyar el desarrollo de cada uno de sus alumnos con una educación más pertinente a sus necesidades.

Otro poderoso apoyo educativo a la educación de los hogares y de las comunidades y, con ellos, de los niños que van a la escuela y de los niños que todavía no van a la escuela, puede provenir desde la televisión.

Este es un medio que está en todas las casas, sus programas, adecuados o inadecuados para la educación de las personas, son vistos, también, por los niños.

Si la sociedad tomara la decisión de ponerse de parte de la educación de todos los niños, y por cierto, también de los adultos, encontraría la manera de suscitar programas que apoyaran la educación que esperamos. No se trataría sólo de contar con programas específicos para niños, sino de cuidar que, en los diferentes programas, sobre todo, en los horarios en que los niños, junto a sus padres, ven televisión, hubiera exaltación de valores, de buenos hábitos, de entusiasmo por la ciencia, por el arte, por el uso pertinente del lenguaje, por el cuidado del cuerpo y de la salud. Habría una poderosa ayuda a la educación de los niños si en los programas de televisión a que acceden las familias y los niños quedara en claro, para todos, que nacimos para cuidar la vida y que los saberes sirven sólo cuando son pertinentes a ese cuidado.

Otra acción que puede realizar la sociedad es la de situar, en cada localidad, una biblioteca, un centro de recursos, particularmente de medios tecnológicos, una casa de la cultura, un teatro, un cine que, aunque sean pequeños todavía, se constituyan en lugares de encuentro en donde los adultos, los jóvenes y los niños puedan acceder a diversos medios educativos no sólo por la calidad de los materiales que allí se puedan encontrar sino también por los grupos y conjuntos culturales que hasta allí lleguen con el arte, con la palabra, con la música, con la ciencia, con el teatro, con la poesía.

Por cierto que el más grande aporte que pueden hacer la familia, la localidad, la sociedad, a la educación primera de los hijos reside en la humanización del lugar en que viven. Se educa mejor el niño que vive en la compañía de su familia en casa propia o arrendada, por pequeña que sea, que el niño que vive como allegado en una casa ajena; se educa mejor el niño en una casa en donde él puede tener un lugar para estudiar o para dormir que en una casa en donde la cocina, el dormitorio y los útiles de estudios están todos en la misma pieza; se educa mejor el niño en una casa en la que hay luz eléctrica y agua potable que en una casa en donde estos bienes no se poseen; se educa mejor el niño que habita en un barrio en el que puede ir de la casa a la escuela sin riesgo que aquel que hace ese camino con temor; se educa mejor el niño en cuya casa y en cuya vecindad hay amistad que aquel que tiene conciencia de que ni en la vida familiar ni en la vida en el barrio él puede crecer, aprender y vivir en razón del desentendimiento que existe entre las personas; se educa mejor el niño en cuyo ambiente existe el hábito de la higiene y el de la obra bien hecha que aquel que ha crecido viendo como la suciedad se instala donde quiere y que la comida, el ordenamiento de las cosas y la realización de los trabajos se pueden hacer de cualquier manera, bien o mal, da lo mismo.

Los seres humanos necesitan no olvidar que los hijos no llegan sin haber sido invitados, no llegan porque ellos, por su

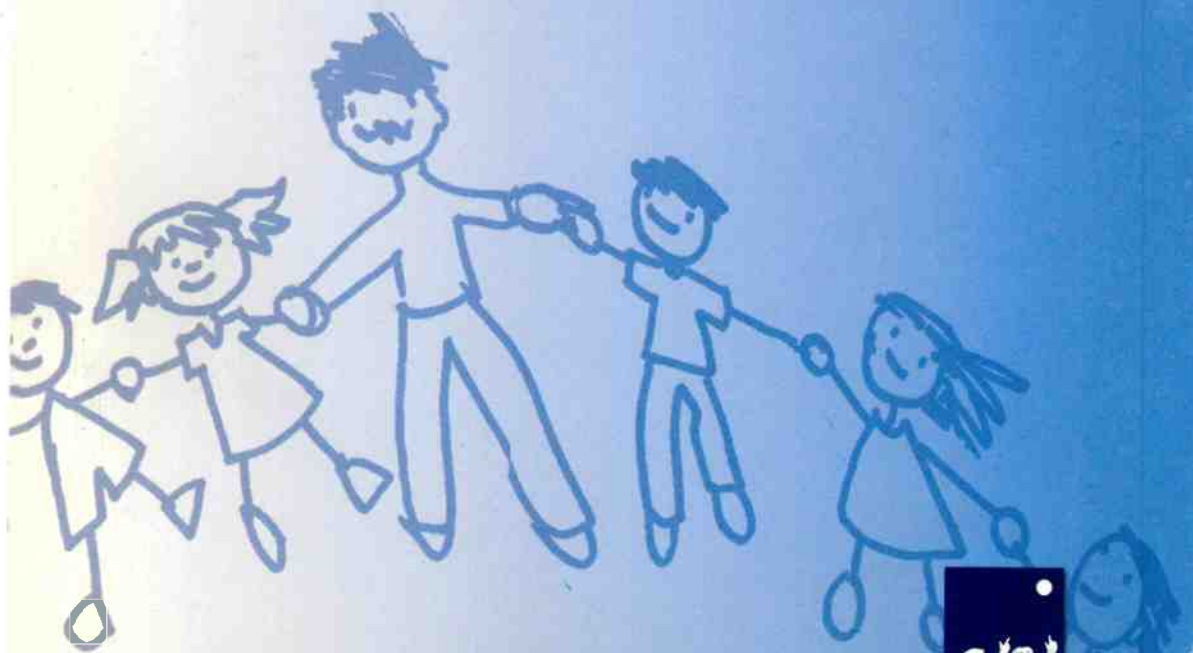
cuenta, lo hayan decidido, sino porque los padres los convocaron.

Están señalando el camino esos padres que reciben a los hijos a los que invitaron y se ponen gustosos de su parte para tenerlos, quizás, en una casa pequeña pero habitable, que les dan una alimentación tal vez insuficiente pero sana y bien cuidada, que los visten con ropas sencillas pero ordenadas y limpias, que cuidan en todo instante su salud, que conversan con ellos, les leen libros, les permiten mirar y preguntar, los dejan prestar ayuda en los trabajos de la casa, los llevan a conocer otros lugares, les enseñan maneras de aprender lo que es el saber, lo que es el mundo, lo que es la sociedad, lo que es vivir en común.

Y están señalando el camino, también, esas personas, esos grupos y esas instituciones que, en diversas partes, están ocupándose del apoyo a los niños que, en el día, viven en la larga ansiedad de la espera de los padres los que, por tener que trabajar, pueden llegar sólo en la noche a darles, a sus hijos, el amparo, la atención y el afecto que necesitan.

Así que, las distintas personas que integran la sociedad, necesitan constantemente recordar que cada niño que ha nacido vino porque fue llamado a vivir su vocación humana en un hogar, en una localidad, en una sociedad. Y, por esa misma vocación

humana, cada niño vino llamado también a construir una familia y una sociedad, en donde los niños, por lo menos, los niños, tengan el más importante de los seguros de vida, el que les asegura que ciertamente serán lo que están llamados a ser: los constructores de una sociedad en la que la injusticia definitivamente empezará a perder su largo dominio. Para que así suceda, la sociedad de ahora tiene que atreverse a asumir la más importante de sus decisiones: el aseguramiento, a lo menos, de la educación básica de los niños, de todos los niños.



Programa Aseguramiento de los Aprendizajes Básicos